

los ojos y hacerles sufrir horribles suplicios. Sin embargo, es preciso, para comprender tales actos, no indignarse más de lo que puede hacerlo un naturalista ante la araña que, lentamente, devora á la mosca. Cuando se turba la razón, cesa de ser razón y nadie puede explicar.

El papel del historiador y el del psicólogo no son, como puede verse, idénticos; pero al primero, tanto como al segundo, puede pedírseles que prueben, por una prudente interpretación de hechos, á descubrir bajo las visibles evidencias las fuerzas invisibles que los determinan.

CAPÍTULO II

Fundamentos psicológicos del antiguo régimen.

§ 1.—LA MONARQUÍA ABSOLUTA Y LAS BASES DEL ANTIGUO RÉGIMEN.

Muchos historiadores aseguran que la Revolución fué hecha contra la autocracia de la monarquía. Pero, en realidad, mucho antes de su explosión, los reyes de Francia habían dejado de ser monarcas absolutos.

Sólo muy tarde, y bajo el reinado de Luis XIV, llegaron á poseer un poder incontestable. Todos los soberanos precedentes, comprendidos los más poderosos, Francisco I, por ejemplo, tuvieron que sostener, bien contra los señores, bien contra el clero ó contra los Parlamentos, constantes luchas, en las que no siempre eran ellos los más fuertes. Francisco I, que acabamos de citar, no tuvo bastante autoridad ni siquiera para proteger contra la Sorbona y el Parlamento á sus más íntimos familiares. Su consejero y amigo Berquin, mal visto por la Sorbona, fué detenido á instancia suya. El rey ordenó su libertad, pero aquella negóse á concederla. Vióse obligado á retirarlo de la Conserjería por arcabuceros, y el único medio que tuvo para protegerle fué el tenerle á su lado en el Louvre. La Sorbona no se dió por vencida. Aprovechando una

ausencia del rey, detuvo de nuevo á Berquin y lo hizo juzgar por el Parlamento. Condenado á las diez de la mañana, á las doce era quemado vivo.

Muy lentamente edificada, la potencia de los reyes de Francia no fue absoluta más que bajo Luis XIV. Declinó rápidamente, y sería ciertamente difícil hablar del absolutismo de Luis XVI.

Este presunto dueño y señor era esclavo de su corte, de sus ministros, del clero y de la nobleza. Hacía lo que le obligaban, y pocas veces lo que él deseaba. Ningún francés fué tal vez menos libre que él.

Los grandes recursos de la monarquía residían primeramente en el origen divino que se le suponía, y después en las tradiciones acumuladas por los tiempos. Estas formaban la verdadera armadura social del país.

La verdadera causa de la desaparición del antiguo régimen fué precisamente el debilitamiento de las tradiciones que le servían de base. Cuando, después de repetidas discusiones, no tuvieron más defensores, el antiguo régimen se vino abajo como un edificio cuyos cimientos han sido destruidos.

§ 2.—INCONVENIENTES DEL ANTIGUO RÉGIMEN.

Un régimen por largo tiempo establecido, acaba siempre por parecer aceptable al pueblo por él gobernado. La costumbre disfraza los inconvenientes que surgen sólo cuando se reflexiona demasiado. El hombre pregúntase entonces cómo ha podido soportarlos. El ser realmente desgraciado es el que se cree miserable.

Esta fué precisamente la creencia que se propagó

en la época de la Revolución, bajo la influencia de escritores cuya acción no tardaremos mucho en estudiar. Las imperfecciones del antiguo régimen presentáronse á todos los ojos. Eran numerosas; bastará con señalar algunas.

A pesar de la aparente autoridad del poder central, el reino, formado por la conquista sucesiva de provincias independientes, estaba dividido en territorios, teniendo cada uno sus leyes, sus costumbres y pagando impuestos diferentes. Aduanas interiores los separaban. La unidad de Francia era de este modo bastante artificial. Representaba un agregado de diversos países que los esfuerzos repetidos de los reyes, comprendidos los de Luis XIV, no habían de unificar por completo. La obra más útil de la Revolución fué precisamente esta unificación.

A semejantes divisiones materiales vinieron á sumarse divisiones sociales constituídas por las clases: nobleza, clero y Tercer Estado, cuyas rígidas barreras no podían ser transformadas sino muy difícilmente.

Considerando la separación de clases como una de sus fuerzas, el antiguo régimen habíala mantenido con todo rigor. Llegó á ser la causa principal de los odios que inspiró. Muchas violencias de la burguesía triunfante representan sobre todo las venganzas de un largo pasado de desdenes y de opresión. El recuerdo de las heridas de amor propio es el que menos se borra. El Tercer Estado había soportado mucho. En una reunión de los Estados Generales de 1614, en la que sus representantes habíanse visto obligados á permanecer descubiertos y arrodillados, un miembro del Tercer Estado, habiendo osado decir que las órdenes eran como

tres hermanos, el orador de la nobleza respondió: «que no había ninguna fraternidad entre ella y el Tercer Estado, que los nobles no querían que los hijos de los zapateros les llamasen hermanos».

A pesar de los progresos, la nobleza y el clero conservaban con obstinación privilegios y exigencias injustificables, sin embargo, desde que estas clases habían cesado de prestar sus servicios.

Alejados de las funciones políticas por el poder real que desconfiaba, y reemplazados progresivamente por una burguesía cada vez más capaz é instruída, el clero y la nobleza no desempeñaban sino un papel social de mero aparato. Este extremo ha sido luminosamente expuesto por Taine:

«Desde que la nobleza, dice, habiendo perdido la capacidad especial y el Tercer Estado logrado la capacidad general, se hallan al nivel por la educación y las aptitudes, la desigualdad que les separa ha llegado á ser ofensiva, convirtiéndose en inútil. Instituída por la costumbre no está ya consagrada por la conciencia, y el Tercer Estado se indigna con derecho contra los privilegios que nada justifican, ni la capacidad del noble ni la incapacidad del burgués.»

En razón de la rigidez de clases sociales fijada por un largo pasado, no se ve lo que hubiera podido determinar la nobleza y el clero al renunciamiento de sus privilegios. Sin duda acabaron por abandonarlos en una noche memorable, cuando los acontecimientos á ello les obligaron; pero entonces era muy tarde, y la Revolución desencadenada proseguía su curso.

Es cierto que los progresos modernos hubieran establecido sucesivamente todo lo que la Revolución ha creado: la igualdad de los ciudadanos ante la ley, la supresión de los privilegios de nacimiento, etc. A pesar del espíritu conservador de los latinos, hubiéranse obtenido estas cosas, como ocu-

rrió en la mayoría de los pueblos. De este modo hubiéramos economizado veinte años de guerras y devastaciones, pero para evitarlos, precisa era una constitución mental diferente de la nuestra, y, sobre todo, otros hombres de Estado que los de aquella época.

La hostilidad profunda de la burguesía contra las clases que la tradición mantenía sobre ella, fué uno de los grandes factores de la Revolución, y explica perfectamente que, después de su triunfo, la primera despojó á los vencidos de sus riquezas. Se condujo entonces como conquistadora, como Guillermo el Normando, distribuyendo el suelo á sus soldados después de la conquista de Inglaterra.

Pero si la burguesía detestaba la nobleza, no sentía ningún odio contra la realeza, que no le parecía, además, reemplazable. Las equivocaciones del rey, y sus llamadas al extranjero, no lograron sino con extrema lentitud hacerle impopular.

La primera asamblea jamás pensó en fundar una República. En extremo realista, sólo pensaba en sustituir sencillamente á la monarquía absoluta una monarquía constitucional. Sólo la conciencia de su poder, al aumentar, le exasperó contra las resistencias del rey. Sin embargo, no se atrevió á destronarlo.

§ 3.—LA VIDA BAJO EL ANTIGUO RÉGIMEN.

Difícil es formarse idea bien clara de la vida bajo el antiguo régimen, y sobre todo, de la situación real de los campesinos.

Los escritores que defienden la Revolución, como los teólogos defienden los dogmas religiosos, trazan

cuadros tan lastimosos de la existencia de los campesinos bajo el antiguo régimen, que hay que preguntarse cómo no habían muerto de hambre hacía mucho tiempo los desvalidos.

Un hermoso caso de esta manera de escribir, se encuentra en un libro de M. A. Rambaud, en tiempos profesor de la Sorbona, publicado bajo el título: *Histoire de la Revolution française*. Se observa principalmente un grabado cuyo texto dice: «Miseria de los campesinos bajo el reinado de Luis XIV». En primer término, un hombre se disputa con unos perros, huesos completamente descarnados. A su lado, un desgraciado se retuerce comprimiéndose el vientre. Más lejos, una mujer echada en el suelo, come hierba. En el fondo del paisaje, varias personas, que no es posible decir si son cadáveres ó hambrientos, se hallan igualmente tirados por el suelo.

Como ejemplo de la administración del antiguo régimen, asegura el mismo autor que «un empleo de policía, con un sueldo de 300 libras, producía 400.000».

Tales cifras indicarían, en verdad, un gran desinterés por parte del que proporcionaba estos productivos empleos. Afirma también «que no costaba más que 120 libras hacer detener las gentes», y que «bajo Luis XV, se distribuyeron más de 150.000 órdenes reservadas de prisión ó destierro».

Casi todos los libros sobre la Revolución están concebidos con tan poca imparcialidad y espíritu crítico, por lo cual este período es tan defectuosamente conocido.

Cierto es que no faltan documentos; pero son perfectamente contradictorios. Á la célebre descripción de La Bruyère puede oponerse el cuadro entusiasta

hecho por el viajero inglés Young del estado próspero de los campesinos por él visitados.

¿Hallábanse realmente abrumados por los impuestos, como se ha asegurado, y pagaban las cuatro quintas partes de sus ingresos en lugar del quinto actual? Es imposible decirlo con certeza. Un hecho capital parece probar, sin embargo, que bajo el antiguo régimen la situación de los habitantes de los campos no podía ser muy miserable, puesto que más de la tercera parte del suelo había sido comprada por campesinos.

Se conoce mejor lo que respecta á la administración financiera. Ésta era muy opresora y complicada. Los presupuestos arrojaban generalmente déficit, y los impuestos de todas clases eran tiránicos. En el momento mismo de la Revolución, este estado de las finanzas fué la causa de un descontento universal, expresado por los cuadernos de los Estados Generales. Observemos, toda vez que aquellos cuadernos no traducían una situación anterior, sino un estado actual debido á una crisis de miseria producida por la mala cosecha del año 1788 y el riguroso invierno de 1789. ¿Qué hubieran sido los mismos cuadernos escritos diez años antes?

Á pesar de estas desfavorables circunstancias, no contenían ninguna idea revolucionaria. Los más avanzados pedían que los impuestos fuesen decretados solamente con el consentimiento de los Estados Generales y pagados por igual por todos.

Los mismos cuadernos aspiraban algunas veces también á que el poder del rey fuese limitado por una Constitución que definiera sus derechos y los de la nación. Si hubieran sido aceptadas estas aspiraciones, tal vez hubiera sustituido muy fácilmente una monarquía constitucional á la monar-

quía absoluta, y hubiérase evitado probablemente la Revolución.

Por desgracia, la nobleza y el clero eran demasiado fuertes y Luis XVI demasiado débil para que semejante solución fuese posible.

Hubiese sido, por otra parte, muy difícil por las exigencias de la burguesía, que pretendía sustituir á la nobleza, y que fué el verdadero autor de la Revolución. El movimiento desencadenado por la burguesía sobrepasó rápidamente sus aspiraciones, sus necesidades y sus esperanzas. Había reclamado la igualdad en su provecho; pero el pueblo la quería también para sí. La Revolución acabó por ser de esta suerte el gobierno popular, que no era ni tenía intención de serlo, por supuesto.

§ 4.—EVOLUCIÓN DE LOS SENTIMIENTOS MONÁRQUICOS DURANTE LA REVOLUCIÓN.

Á pesar de la lentitud de evolución de los elementos afectivos, es cierto que durante la Revolución, los sentimientos no sólo del pueblo, sino aun de las asambleas revolucionarias con respecto á la monarquía, se transformaron muy rápidamente. Entre el momento en que los legisladores de la primera asamblea revolucionaria difundían respeto en torno de Luis XVI y aquel en que le cortaron la cabeza, transcurrieron pocos años.

Esos sentimientos, más superficiales que profundos, fueron, en realidad, una simple transposición de sentimientos del mismo orden. El amor que los hombres de aquella época profesaban al rey, concentráronlo sobre el nuevo gobierno heredero de su

poderío. El mecanismo de tal transformación es fácil de explicar.

Bajo el antiguo régimen, el soberano, siendo su poder de origen divino, hallábase investido por esta razón en una especie de poder sobrenatural. Desde el fondo de los pueblos y campos volvíase el pueblo hacia él.

Esta creencia mística en el poder absoluto de la realeza solamente desapareció cuando repetidas experiencias demostraron que el poder atribuido al ser adorado era ficticio. Entonces perdió su prestigio. Y cuando el prestigio se pierde, las multitudes no perdonan al dios caído haberse ilusionado con él, y buscan de nuevo el ídolo sin el cual no pueden pasarse.

Desde los comienzos de la Revolución, numerosos hechos, diariamente repetidos, revelaron á los creyentes más fervorosos que la realeza no poseía ya poder, y que existían otros poderes no sólo capaces de luchar contra ella, sino dueños de una fuerza superior.

¿Qué podían pensar del poderío real las multitudes que veían al rey maniatado por una asamblea, é incapaz en pleno París de defender su mejor fortaleza contra los ataques de patrullas armadas?

La debilidad real se hizo, pues, evidente cuando aumentaba el poderío de la Asamblea y las multitudes, al ver la debilidad desprestigiada, se vuelven siempre hacia la fuerza.

En las asambleas, los sentimientos, aun siendo muy móviles, no evolucionan tan de prisa; por esto sobrevivió la fe monárquica á la toma de la Bastilla, á la huida del rey y á su alianza con los soberanos extranjeros.

La fe realista seguía, sin embargo, siendo tan fuerte, que los motines parisienses y los acontecimientos que trajeron como consecuencia la ejecución de Luis XVI, no bastaron á hacer desaparecer definitivamente en las provincias aquella especie de piedad (1) secular de que se hallaba envuelta la antigua monarquía.

Todavía persistió en una gran parte de Francia durante todo el transcurso de la Revolución, y fué el origen de conspiraciones realistas y de la insurrección de varios departamentos, que tanto trabajo costó á la Convención sofocar. La fe realista había desaparecido de París, donde la debilidad del rey era demasiado visible; pero en las provincias el poder real, representando á Dios en la tierra, todavía conservaba prestigio.

Muy arraigados debían de estar en las almas los sentimientos realistas para que la guillotina no pudiera ahogarlos. Los movimientos realistas persistieron en efecto durante toda la Revolución, y se acentuaron principalmente bajo el Directorio, cuando 49 departamentos enviaron diputados realistas á París, hecho que provocó por

(1) Para hacer comprender lo profundo del amor hereditario del pueblo hacia sus reyes, Michelet relata el siguiente hecho, sucedido en el reinado de Luis XV:

«Cuando se supo en París que Luis XV, que había marchado con su ejército, habíase quedado enfermo en Metz, era de noche. Todo el mundo se levanta, las gentes corren en tumulto sin saber dónde van; se abren las iglesias..., se reúnen los vecinos en las plazuelas, se abordan, se preguntan sin conocerse. Hubo varias iglesias donde el sacerdote que pronunciaba la plegaria rogando por la salud del rey la interrumpió por sus llantos y el pueblo contestó con lamentos y gritos... El correo que llevó la noticia de la convalecencia fué abrazado y casi ahogado; besaban su caballo, lo llevaban en triunfo... Todas las calles repercutían un grito de gozo: «¡El rey está curado!»

parte de aquél el golpe de Estado de Fructidor.

Esos sentimientos monárquicos, difícilmente borrados por la Revolución, contribuyeron á favorecer el triunfo de Bonaparte cuando llegó á ocupar el trono de los antiguos reyes y á restablecer en gran extensión el antiguo régimen.

CAPÍTULO III

La anarquía mental en los momentos de la Revolución
y el papel asignado á los filósofos.§ 1.—ORIGEN Y PROPAGACIÓN DE LAS IDEAS
REVOLUCIONARIAS.

La vida exterior de los hombres de cada edad está moldeada sobre una vida interior constituida por una armadura de tradiciones, de sentimientos y de influencias morales que dirigen su conducta y mantienen ciertas nociones fundamentales, á las que se someten sin discutir las.

Que la resistencia de esta armadura se debilite, y las ideas sin influencia posible anteriormente podrán germinar y desarrollarse. Ciertas teorías, cuyo éxito fué inmenso en los momentos de la Revolución, hubiéranse disipado dos siglos antes al chocar con infranqueables muros.

Estas consideraciones tienen por objeto recordar que los acontecimientos exteriores de las revoluciones son siempre consecuencia de invisibles transformaciones lentamente operadas en las almas. El estudio profundo de una revolución necesita, pues, el del terreno mental, sobre el cual germinan las ideas que fijarán su curso.

Siendo por lo general muy lenta, la evolución de

las ideas permanece á menudo invisible durante el transcurso de una generación. No se comprende la extensión si no es comparando el estado mental de las mismas clases sociales en las extremidades de la curva recorrida por los espíritus. Principalmente, para darse cuenta de las ideas diferentes que tenían de la realeza los hombres instruidos bajo Luis XIV y Luis XVI, pueden ponerse en contacto las teorías políticas de Bossuet y de Turgot. Bossuet expresaba las concepciones generales de su época sobre la monarquía absoluta al fundar la autoridad de un gobierno sobre la voluntad de Dios, «único juez de las acciones de los reyes, siempre irresponsable ante los hombres». La fe religiosa era entonces tan fuerte como la fe monárquica, de la que parecía ser inseparable, y ningún filósofo hubiera logrado hacerla desaparecer. Los escritos de los ministros reformadores de Luis XVI, los de Turgot, por ejemplo, están animados de un espíritu diferente. Ya no se habla más del derecho divino de los reyes, y el derecho de los pueblos comienza á dibujarse netamente.

Una porción de acontecimientos habían contribuido á preparar semejante evolución; guerras desgraciadas, hambre, impuestos, miseria general á fines del reinado de Luis XV, etc. Lentamente borrado el respeto de la autoridad monárquica, había sido sustituido por una revolución de espíritus, dispuesta á manifestarse en cuanto se presentara ocasión.

Toda armadura mental que comienza á disociarse se disgrega rápidamente. Por esto en los momentos de la Revolución vióse la propagación tan rápida de ideas por ningún concepto nuevas, pero que hasta entonces habían permanecido sin in-

fluencia, faltas de hallar un terreno donde pudieran germinar.

Sin embargo, las ideas que seducían en aquellos momentos los espíritus habían sido repetidas muchas veces. Desde largo tiempo inspiraban la política de los ingleses. Dos mil años antes, los doctores griegos y latinos habían defendido la libertad, maldécido los tiranos y proclamado los derechos de la soberanía popular.

Los burgueses que hicieron la Revolución, aunque habían aprendido, así como sus padres, todas estas cosas en los libros de texto, no se habían sentido conmovidos, porque no había llegado el momento en que pudieran conmoverles. ¿Cómo podría el pueblo haberse sorprendido más en la época en que se acostumbraba á respetar como necesidades naturales todas las jerarquías?

La verdadera acción de los filósofos sobre la génesis de la Revolución, no es la que de ordinario se les atribuye. Nada nuevo revelaron, sino que desarrollaron el espíritu crítico, al cual no resisten los dogmas cuando su disgregamiento está ya preparado.

Bajo la influencia del desarrollo de ese espíritu crítico, las cosas que comenzaban á no ser ya respetadas lo fueron cada vez menos. Cuando el prestigio y la tradición se disiparon el edificio social se vino abajo violentamente.

Este disgregamiento progresivo acabó por descender hasta el pueblo, pero no fué empezado por él. El pueblo sigue los ejemplos y no los crea jamás.

Los filósofos que no hubieran podido ejercer ninguna influencia sobre el pueblo ejercieron una muy grande sobre las clases ilustradas de la nación. La nobleza, alejada durante largo tiempo de

las funciones públicas y, por consiguiente, descontenta, se había puesto á su remolque.

Incapaz de prever nada, fué la primera en arrollar todas las tradiciones que constituían, sin embargo, su única razón de ser. Tan saturada de humanismo y de racionalismo como la burguesía actual, no cesó de minar por medio de crítica sus propios privilegios. Era como actualmente entre los favorecidos de la fortuna donde se encontraban los más ardientes reformadores. La aristocracia encaecía las discusiones sobre el contrato social, los derechos del hombre y la igualdad de los ciudadanos. Aplaudía las obras de teatro que criticaban los privilegios, lo arbitrario, la incapacidad de las gentes y los abusos de todas clases.

Así que los hombres pierden confianza en los fundamentos de la armadura mental que dirige su conducta, experimentan malestar y más tarde descontento. Todas las clases veían disiparse lentamente sus antiguas razones de actuación. Lo que había tenido prestigio á sus ojos desde siglos, ya no lo tenía.

El espíritu crítico de los escritores de la nobleza no hubiera bastado á arrollar el peso excesivo de las tradiciones; pero su acción se superponía á otras influencias profundas. Citando á Bossuet, ya hemos dicho más arriba que, bajo el antiguo régimen, el poder religioso y el poder civil, muy separados en nuestros días, hallábanse íntimamente ligados; tocar uno era necesariamente alcanzar el otro. Por tanto, antes que la idea monárquica fuese arrollada, la fuerza de la tradición religiosa estaba muy arraigada en los cerebros cultivados. Los progresos constantes del conocimiento habían hecho pasar cada vez más los espíritus de la Teología á la cien-

cia, oponiendo la verdad observada á la verdad revelada.

Esta evolución mental, aunque muy imprecisa todavía, permitía percibir, sin embargo, que las tradiciones que habían guiado á los hombres durante siglos no tenían el valor que se les atribuía y que tal vez fuese necesario reemplazarlo.

Pero ¿dónde descubrir los elementos nuevos que puedan sustituirse á la tradición? ¿Dónde buscar el artilugio mágico capaz de elevar otro edificio social sobre las ruinas del ya no apetecido?

El acuerdo de atribuir á la razón la potencia que la tradición y los dioses parecían haber perdido, fué unánime.

¿Cómo dudar de su fuerza? Habiendo sido innumerables sus descubrimientos, ¿no era legítimo suponer que aplicada á la construcción de las sociedades las transformaría por completo?

Su posible importancia crece, pues, muy de prisa en los espíritus á medida que la tradición se presenta ante ellos cada vez como más despreciable.

Este poder soberano atribuido á la razón debe ser considerado como la idea culminante que, no solamente engendró la Revolución, sino que la gobernó por entero. Durante su transcurso los hombres se entregaron á los esfuerzos más perseverantes para romper con el pasado y edificar las sociedades sobre un plano nuevo dictado por la lógica.

Las teorías racionalistas de los filósofos al descender lentamente al pueblo, se resumieron para él en esta simple noción: todas las cosas consideradas en otros tiempos como respetables no lo eran. Siendo declarados iguales todos los hombres, los antiguos dueños no debían ser ya obedecidos.

La multitud se acostumbró fácilmente á no res-

petar lo que las mismas clases superiores habían cesado de respetar. Cuando la barrera del respeto cayó, la Revolución estaba hecha.

La primera consecuencia de esta mentalidad nueva fué una insubordinación general. Mad. Vigée-Lebrun cuenta que en el paseo de Longchamp las gentes del pueblo subíanse á los estribos de las carrozas, diciendo: «El año próximo vosotros iréis detrás y nosotros dentro.»

No era sola la plebe en manifestar insubordinación y descontento. Estos sentimientos fueron generales en vísperas de la Revolución: «El clero inferior, dice Taine, es hostil á los prelados, los gentiles hombres de provincias á la nobleza de la corte, el vasallo al señor, el campesino al ciudadano, etcétera, etc.»

El estado espiritual, que se había extendido de la nobleza y del clero al pueblo, invadía igualmente el ejército. En el momento de la apertura de los Estados Generales, decía Necker: «No estamos seguros de nuestras tropas.» Los oficiales hacíanse humanitarios y filosofaban. Los soldados reclutados en la clase más baja de la población no filosofaban, pero no obedecían. En sus sencillos cerebros las ideas de igualdad significaban simplemente la sujeción de los jefes y, por consiguiente, de toda obediencia. En 1790 más de veinte regimientos amenazaban á sus oficiales, y algunas veces, como en Nancy, los encarcelaban.

La anarquía mental, que después de haber existido en todas las clases de la sociedad invadía el ejército, fué la causa principal de la desaparición del antiguo régimen. «La defección del ejército ganado por las ideas de Tiers, escribía Rivarol, es lo que ha aniquilado la realeza.»

§ 2.—SUPUESTA IMPORTANCIA DE LOS FILÓSOFOS DEL SIGLO XVIII EN LA GÉNESIS DE LA REVOLUCIÓN.—SU ANTIPATÍA POR LA DEMOCRACIA.

Los filósofos, supuestos inspiradores de la Revolución francesa, combatieron ciertos prejuicios y abusos; no se debe por esto considerarlos como partidarios del gobierno popular. La democracia, cuya importancia habían estudiado en la historia griega, érales por lo general muy antipática. No ignoraban el efecto, las destrucciones y las violencias, que son su invariable cortejo, y sabían que en tiempos de Aristóteles había ya sido definida como «un Estado donde todo, hasta las leyes mismas, dependen de la multitud erigida en tirano y gobernada por algunos declamadores».

Pedro Bayle, verdadero antecesor de Voltaire, recordaba en los siguientes términos las consecuencias producidas por el gobierno popular en Atenas:

«Ante una historia que presentase con mucha extensión los tumultos de las asambleas; las facciones que dividían á esta ciudad; las sediciones que la agitaban; los más ilustres ciudadanos perseguidos, desterrados, condenados á muerte por la voluntad de un violento arengador, habría que persuadirse de que este pueblo que se preciaba tanto de libertad era en el fondo esclavo de un reducido número de cabalistas que se llamaban demagogos y que le hacían girar tan pronto á un lado como á otro, según cambiasen sus pasiones, como el mar empuja las olas, según los vientos que le agitan. En vano se buscará en la Macedonia, que era una monarquía, tantos ejemplos de tiranía como presenta la historia ateniense.»

No seducía la democracia mucho más á Montesquieu. Después de describir las tres formas de gobierno: el republicano, el monárquico y el des-

pótico, demuestra muy bien lo que fácilmente llega á ser el gobierno popular:

«Se era libre con leyes, se quiere serlo contra ellas; lo que era máxima, se llama rigor; lo que regla, traba. Otras veces, los bienes de los particulares formaban el Tesoro público; pero ahora el Tesoro público se ha convertido en patrimonio de los particulares. La República es un despojo, y su fuerza no es más que el poder de algunos ciudadanos y la libertad de todos.

«... Se forma de pequeños tiranos, que tienen los vicios de uno solo. Muy pronto, el residuo de libertad llega á ser insoportable; un solo tirano se eleva y el pueblo pierde todo, hasta las ventajas de su corrupción.

«La democracia tiene, pues, dos excesos que evitar: el espíritu de igualdad extrema que la conduce al despotismo de uno solo, como el despotismo de uno solo que acaba por la conquista.»

El ideal de Montesquieu era el gobierno constitucional inglés, que impedía á la Monarquía el degenerar en despotismo. La influencia de este filósofo fué, por lo demás, muy débil en los momentos de la Revolución.

En cuanto á los enciclopedistas, á los cuales se atribuye igualmente una gran importancia, para nada se ocuparon de política, salvo tal vez Holbach, monárquico liberal como Voltaire y Diderot. Defienden sobre todo la libertad individual, combaten las usurpaciones de la Iglesia, entonces muy intolerante y enemiga de los filósofos. No siendo ni socialistas ni demócratas, la Revolución no tuvo que utilizar ninguno de sus principios.

El mismo Voltaire mostrábase poco partidario de la democracia:

«La democracia, dice, no parece convenir más que á un pequeño país, y aun es preciso que esté bien situado; por muy pequeño que sea cometerá muchas faltas, porque estará compuesto de hombres. La discordia reinará como en

un convento de frailes; pero no habrá ni San Bartolomé, ni asesinatos de Irlanda, ni Visperas Sicilianas, ni Inquisición, ni condenación á las galeras por haber cogido agua del mar sin pagar, á menos que no se suponga esta república compuesta de diablos en un rincón del infierno.»

Todos estos presuntos inspiradores de la Revolución tenían, pues, opiniones muy poco subversivas, y era realmente difícil atribuirles una influencia seria sobre el desarrollo del movimiento revolucionario. Rousseau fué uno de los pocos filósofos demócratas de su época, y por ello el Contrato social llegó á ser la biblia de los hombres del Terror. Parecía proporcionar la justificación racional necesaria para excusa de los actos derivados de los impulsos místicos y afectivos inconscientes que ninguna filosofía había inspirado.

A decir verdad, por otra parte los instintos democráticos de Rousseau eran bastante sospechosos. Él mismo consideraba que sus proyectos de reorganización social, basados en la soberanía popular, no serían aplicables más que á una ciudad muy pequeña. Y cuando los poloneses le pidieron un proyecto de Constitución democrática, les aconsejó la elección de un rey hereditario.

Entre las teorías de Rousseau, la relativa á la perfección del estado social primitivo tuvo mucho éxito. Aseguraba, con diversos escritores de su época, que los hombres primitivos eran perfectos, y que no habían sido corrompidos más que por las sociedades. Modificando éstas por medio de leyes buenas, se conseguiría la dicha de los primeros tiempos.

Extraño á toda psicología, creía á los hombres idénticos á través del tiempo y del espacio y los consideraba como si todos debieran ser regidos por

las mismas instituciones y las mismas leyes. Era entonces la creencia general. «Los vicios y las vicisitudes de un pueblo, escribía Helvetius, son siempre un efecto necesario de su legislación... ¿Cómo dudar que la virtud no sea en todos los pueblos efecto de la sabiduría más ó menos grande de la administración?»

§ 3.—LAS IDEAS FILOSÓFICAS DE LA BURGUESÍA EN LOS MOMENTOS DE LA REVOLUCIÓN.

Es bastante difícil precisar las concepciones filosóficas y sociales de un burgués francés en los momentos de la Revolución. Se reducen á algunas fórmulas sobre la fraternidad, la igualdad y el gobierno popular, resumidas en la célebre declaración de los Derechos del hombre, cuyos fragmentos tendremos ocasión de reproducir.

Los filósofos del siglo XVIII no parecen haber ejercido sobre los hombres de la Revolución, un gran prestigio. Hipnotizados por sus recuerdos clásicos de Grecia y Roma, los nuevos legisladores releen á Platón y Plutarco. Querían resucitar la constitución de Esparta, sus hábitos, su vida frugal y sus leyes.

Licurgo, Solón, Milciades, Maulins, Torquato, Bruto, Mucius Scævola y hasta el fabuloso Minos fueron tan familiares en la tribuna como en el teatro, y el público se apasionaba por ellos. Las sombras de los héroes del mundo antiguo se proyectaron siempre sobre las asambleas revolucionarias. Sólo la posteridad debía proyectar la de los filósofos del siglo XVIII.

Se aprecia, pues, que en realidad, los hombres de este período, generalmente representados como audaces innovadores, guiados por sutiles filósofos, no pretendían innovar por ningún concepto, sino volver á un pasado sepulto desde largos tiempos en las incertidumbres de la historia, y del cual, por otra parte, nada comprendieron.

Los más razonables que no tomaban sus modelos de tan lejos, soñaban simplemente en adoptar el régimen constitucional inglés, cuyas ventajas habían encarecido Montesquieu y Voltaire, y al que todos los pueblos debían acabar por imitar sin crisis violentas.

Sus ambiciones se limitaban á perfeccionar la monarquía existente y no á hacerla desaparecer. Pero en épocas de revolución los caminos recorridos son, por lo general, muy diferentes á los que se proponen recorrer. En tiempos de la convocatoria de los Estados Generales nadie hubiera supuesto jamás que una revolución de pacíficos é ilustrados burgueses se transformaría en una de las más sanguinarias dictaduras de la historia.

CAPÍTULO IV

Ilusiones psicológicas de la Revolución francesa.

§ 1.—LAS ILUSIONES SOBRE EL HOMBRE PRIMITIVO, SOBRE LA VUELTA AL ESTADO NATURAL Y SOBRE LA PSICOLOGÍA POPULAR.

Ya hemos recordado, y de nuevo insistiremos, que de los errores de una doctrina que no perjudican á su propagación, sólo debe ser considerado el de su influencia sobre los espíritus.

Pero si la crítica de los errores no ofrece ninguna utilidad práctica, es en extremo interesante desde el punto de vista psicológico. El filósofo deseoso de descubrir cómo se impresionan los hombres, deberá de estudiar con cuidado las ilusiones que alimentaron. Jamás tal vez en el curso de la historia aparecieron éstas tan profundas y numerosas como en el momento de la Revolución.

Una de las más manifiestas fué el singular concepto formado de la naturaleza de nuestros primeros antecesores y de las sociedades primitivas.

No habiendo revelado aún la antropología las condiciones de existencia de nuestros lejanos antecesores, era admitido, bajo la influencia de los relatos bíblicos, que el hombre había salido perfecto de manos del Creador. Las primeras sociedades